

HOMILÍA EN LA MISA EXEQUIAL DEL P. JUAN CARLOS SCANNONE, SJ.

28 de Noviembre de 2019

Gonzalo Zarazaga, SJ.

Despedimos hoy al P. Juan Carlos Scannone. Para mucho de nosotros, el “querido Cachito”. Y cuando digo “querido Cachito” digo ya mucho de lo que quiero compartir hoy con ustedes: Cachito era un hombre muy querido. Lo queríamos sus compañeros jesuitas, lo quería mucho la gente de nuestros barrios y capillas de San Miguel, lo querían sus colegas, profesores, filósofos, teólogos; lo querían sus alumnos. Mucho. En realidad, no conozco personas que se hayan sentido verdaderamente ofendidas o maltratadas por Cachito.

Sin duda, que a veces, su ingenuidad casi pueril podía causarnos algo de gracia, arrancarnos una sonrisa y hasta una burla socarrona. Tenía mucho de niño desvalido, muy inepto y dependiente para las cosas prácticas. ¡Incapaz de hacer una ensalada de lechuga! Pero al mismo tiempo, detrás de esa aparente fragilidad, era un hombre increíblemente sólido, de una fe inquebrantable, muy coherente en sus opciones, en su vocación; tremendamente austero, servicial y trabajador. Las horas que ha dedicado Cachito a atender a alumnos, a contestar preguntas mal formuladas, a escuchar inquietudes imposibles de ser explicitadas, corregir trabajos y orientar proyectos, abrumarían al profesor más experimentado.

Reconozco que a mí me dejaba un poco azorado esa actitud tan suya de querer sortear los opuestos, obviar las posturas incompatibles, los conflictos y las contradicciones. Parecía que para él todo podía conciliarse, todo podía volverse complementario y convertirse en un elemento clave de la conciliación y el equilibrio. Creo que esa actitud se fundaba en su profunda fe en la acción del Espíritu. Estaba profundamente convencido de la presencia y acción del Espíritu de Dios que siempre sopla y pone brotes de vida aun en las situaciones más dramáticas e injustas. Por eso la integración y la unidad eran para él mucho más reales y palpables que la dialéctica, las grietas y la confrontación. Supongo que por eso le gustaba tanto hablar de *analogía*, *analéctica*, *complementariedad*, *circularidad hermenéutica* y otras expresiones tan habituales para él como incomprensibles para el común de los mortales. Tal vez se deba a que una de las virtudes más fundamentales de Cachito era que siempre veía primero el lado bueno de las cosas, de las personas, de las situaciones... y también de las ideas. En 40 años jamás escuché a Cachito hablar mal de nadie. Una anécdota que lo muestra: cuando fue elegido el Papa Francisco, Cachito dio varias entrevistas a distintos medios donde contaba de su conocimiento y relación con el nuevo Papa. Algunas llegaron a manos de Francisco quien le escribió una breve nota de puño y letra diciéndole que le agradecía mucho sus comentarios, “porque supiste rescatar lo bueno y no recordar lo malo”. Así era Cachito.

Los primeros discípulos de Jesús tuvieron que buscar entre muchos títulos, cuál explicaba mejor la naturaleza de la identidad y misión de Jesús: lo llamaron Mesías, *Rabí*, profeta, hijo de David, y finalmente, tras la resurrección, Hijo de Dios y Señor Jesucristo. Si tuviéramos que elegir una palabra, un título que sintetizara la vida, la

vocación, la misión y el servicio de Juan Carlos entre nosotros me quedaría con el de “Maestro”. Cachito fue un Maestro formidable. Y lo era porque sabía escuchar, sabía captar lo que el otro buscaba y tenía una competencia sin igual para sugerir e iluminar por dónde comenzar. En un ambiente como el académico, donde hay tantos celos, envidias y competencias, Cachito se destacaba, brillaba por su sapiencia, su servicialidad y su espontáneo deseo de que el otro creciera sobre sus propios intereses y logros. Eso siempre resultaba enormemente estimulante a sus alumnos que se sentían animados y valorados en sus búsquedas y proyectos. Para mi vida fue un ejemplo y enseñanza invaluable.

Supongo que habría muchas más cosas que decir sobre Juan Carlo, sobre sus aportes a la filosofía, al pensamiento argentino y a la Iglesia latinoamericana. Supongo que habría que referirse más largamente a su preocupación por pensar y fundamentar desde la razón y la revelación la intrínseca vinculación entre fe y justicia. Tendríamos que mencionar su lucha incansable por afianzar en la Iglesia el valor ético y racional de la opción preferencial por los pobres. Yo como alumno, amigo, colega y compañero jesuita preferí centrarme hoy en estos rasgos suyos más humanos. Porque creo que precisamente fueron estos rasgos los que hicieron de él, del “querido Cachito”, un gran Maestro.

Vivió 50 años en esta misma casa y en la misma habitación. Una permanencia y estabilidad poco comunes en un jesuita. Seguro que en la casa del Padre, que según Jesús tiene muchas habitaciones, ya habrán acomodado una buena y grande para la larga estadía de Cachito, con muchos libros... o acceso directo a la contemplación de la sabiduría divina.

¡Demos gracias a Dios por su vida y que descanse paz! Amén.